

D. Gregorio y las puertas de D. Gregorio de día y de noche francas para el gobernador. En cierto día del año de 1645, estando D. Gregorio sentado a la mesa para hacer el mediodía, llamó a su negra esclava y le dijo: «Llévale esto a su merced el gobernador y dile que lo coma, porque a este efecto ha ido D<sup>a</sup> Ana a quemarse manos y cara al fuego». Cuando llegó la esclava a su destino encontró al gobernador que hacía también el mediodía; dió el recado y entregó el obsequio. Don Juan, poniéndose de pie, tomó en sus manos el azafate de plata, levantó la blanca servilleta y contempló, bañado de fragancia, «un platillo de papas guisadas».

Era, pues, el gobernador un buen amigo de la casa, pero nada más, porque doña Ana sesgaba con maestría las insinuaciones amorosas que él acostumbraba hacerle; mas como crecía en su pecho la pasión, consultó el caso con don Pablo Ponce de León, su amigo de confianza y humilde servidor:—Sepa vuestra merced, que la dama tiene novio.—¿Quién es él?—El capitán Antonio de Amabiscar, corregidor de Quepo. ¡Oh tiempos, oh costumbres!, al día siguiente estaba preso el corregidor, y una semana después salía desterrado de la provincia, por habersele probado sus crueles tropelías para con los indios de Quepo.

Coincidieron esos sucesos con la aparición de un funesto tabardillo que hizo mucho estrago en la ciudad; tanto que los vecinos, huyendo del contagio, se entragaban a esperar su hora postrera, por lo cual no se veía alma viviente en las calles ni se podía conseguir quién abriese una humilde sepultura en la parroquia. Los ánimos estaban muy contritos, y, por consiguiente, muy sin ganas de pelear; razón por la cual don Gregorio creyó llegado el momento oportuno para rogar al gobernador que iniciase el juicio de la residencia; le manifestó cuanto le urgía quedar en aptitud de pedir pronto al rey un nuevo empleo, la pobreza en que estaba y otras varias razones relativas al asunto, pero don Juan, que todavía no veía claro el enredo de doña Ana, le contestó con dilatorias para seguir conservando en sus manos tan precioso talismán; que si ladino era D. Gregorio no lo era menos D. Juan; mas aquella divergencia en nada conturbó sus amistades, a lo menos así debe presumirse por las mutuas atenciones que siguieron prodigándose.

Pasó la peste y se reanimaron los espíritus. En la tarde del día de carnestolendas estaba el gobernador en su casa rodeado de varios amigos y entretenido, como lo tenía de uso y costumbre, con el juego de los naipes, cuando se presentó don Gregorio de Sandoval, diciéndole: «En las casas de mi morada hay unas damas que quieren pedir a vuestra merced un cierto ruego». El gobernador, pensando que se trataba de algún asunto del servicio público, se levantó sin demora, dejó sus cartas a un mirón de la tertulia y se fué con don Gregorio. El incauto don Juan cayó esta vez en una dulce celada, en una trampa de flores, en un

mar de confetti, como lo llaman ahora. En efecto, los íntimos amigos de aquella casa festiva iban a pasar una tarde envidiable: un rato de música, un poco de canto, una que otra danza; ahora unos confites, luego una mistela; en fin, un festejo sin cumplidos, sin etiquetas molestas, como que todos los circunstantes eran de verdadera confianza. Y empinaron de veras, se divertieron tanto y de tal modo que el incidente culminante de esa fiesta pasó a la historia. Helo aquí.

En cierto precisado instante se abrió la puerta del aposento para dar paso a las doncellas relacionadas desde la noche del tun, las cuales traían ahora en las faldas recogidas de sus sayas, grandes puñados de huevos de azahar. Nada de esto observó D. Juan Chaves de Mendoza, porque daba de espaldas al aposento y las damas venían caminando sutilmente. El grupo hizo alto a la mitad de la carrera para que prosiguiese sola D<sup>a</sup> Ana, y ésta, cuando estuvo a distancia conveniente, disparó a D. Juan por el cogote muchos leves huevecillos de tenue y quebradiza cera, perfumados de azahar. El agredido velozmente púsose de pie, y como era curtido veterano de los tercios españoles, aun mirándose indefenso, puso el pecho a la metralla, y tratando a su vez de acometer, recibió, arrojados por D<sup>a</sup> Ana, unos cuantos huevecillos en el pecho. Prosiguióse aquel combate con intensidad creciente, pues que la gentil muchacha, cual si entrase al abordaje, refregó por el cuerpo y por la cara del galán los perfumes de azahar. Don Juan echó mano de las cáscaras fragantes, pagó con la misma moneda, y como era hombre de treinta y ocho años nada más, junto con los cascarazos daba dulces subrepticios pellizcos en las turgentes carnes de la doncella. Tosió entonces D<sup>a</sup> Gregoria de Escobar con tosidura maternal, y al punto las otras damas festivas, mirando demudado el semblante de D<sup>a</sup> Ana y creyéndola perdida, volaron raudamente a su defensa. Las Retes iniciaron una nueva y general descarga con iguales proyectiles, lucharon todas ellas a porfía, y vencedoras pusieron fin honesto a tan expuesta juvenil batalla. El parque se concluyó, D. Juan se perfumó y D<sup>a</sup> Ana se quedó sin lanzar un ay en la refriega ni decir oste ni moste ni arrugar siquiera el entrecejo. ¿Hubo allí pellizcos? Callad, maldicientes convidados a la fiesta; contened vuestra malicia, oh nobles matronas del estrado, que un breve juvenil descuido no es signo fiel de perversión sino de cándida inocencia; y sed por consiguiente justos para juzgar a D<sup>a</sup> Ana. Aquel lance fué lance extraordinario, lance de carnaval, celebrando la festividad del día de carnestolendas.

Al anoecer terminó la fiesta, y D. Juan sintiendo en el pecho una llama de colosal amor, volvió a su casa y continuó jugando a la malilla; pero como llegó meditabundo, los prudentes tertulianos lo observaron, y tan luego como notaran que venía rociado y oloroso a perfume de azahar, guiña-

ron el ojo, sonrieron y se fueron a acostar.

Sin embargo, en realidad de verdad, poca cosa adelantaba D. Juan en sus amores, y más bien después del carnaval notaba en D<sup>a</sup> Ana una especie de reacción contraria; que así son de incomprensibles las mujeres. Era, pues, el caso de solicitar nuevo consejo; llamó a D. Pablo y le expuso el punto.—Sepa vuestra merced—dijo el confidente,—que ayer D<sup>a</sup> Ana en el pórtico del templo, al dar a su mantellina un pliegue más andaluz, dejó rodar por el suelo su devocionario, y que un apuesto doncel que la miraba extasiado, alzando con presteza el libro y entregándolo con mano trémula, recibió por galardón un millar de venturanzas en una sola mirada; y sepa también vuestra merced que tal escena con ligeras variaciones se repite allí cada domingo.—¿Quién es él?—preguntó con voz de trueno el gobernador.—Señor, es el mozo Juan Solano.—¡Voto a Dios! Pues valiéndome de los mismos procedimientos, él irá a hacer dúo al corregidor en Nicaragua.—En cuanto a los procedimientos—repuso D. Pablo,—no los puedo aconsejar en este caso, porque la familia del mancebo es la más encumbrada de Cartago, pero ofrezco a vuestra merced llegar al mismo resultado, aunque por distinto sistema. Hablaré con Diego de Ocampo, tío del mozo, y todo se arreglará.

Al día siguiente no más se celebraba un consejo de familia en casa del vicario don Alonso de Sandoval. Acudieron allí D<sup>a</sup> María de Sandoval, madre del mozo, los tíos carnales José de Sandoval y Diego de Ocampo y los tíos abuelos Vasco y Juan Solano. Expuesto el caso por Ocampo, y enumerados con cita de antecedentes los peligros que corría el sobrino, dijo el vicario:—No queda más recurso que un viaje a Nicaragua, con tanto mayor motivo cuanto que es de censurar la inclinación de Juan: la dama toca, canta, baila y sabe escribir, y eso no está bien. El parecer de don Alonso fué acatado por los demás consejeros, y poco después iba Juan Solano, caballero en una mula, camino de Nicaragua. Llevaba una recua de bestias: cacao, mollejones, anís, culantro y harina; llevaba también el forzado caminante despedazado el corazón, pero caminaba y caminaba, porque en aquellos tiempos remotos, como en éstos, quien manda, manda, y... cartuchos al cañón!

Despejado, pues, el horizonte, no tardó el ladino don Gregorio en volver a la carga de la residencia; con el mayor sentimiento decía a don Juan: «Repare vuestra merced en mi pobreza; me estoy comiendo el caudal de mi mujer, porque salí del gobierno sin un peso: todos mis salarios los gasté abriendo el camino de Suerre, reedificando las casas del cabildo, restaurando la parroquia y acometiendo otras empresas de bien público, como es notorio en la ciudad». Pero como don Juan aun no sabía a que atenerse con D<sup>a</sup> Ana, le contestaba: «Tenga paciencia vuestra merced, que sin escribano no se puede hacer la residencia, y yo no soy responsable de que desistiese de venir el que pedí a Nicaragua.—Pero señor gobernador,